

por LUIS MARTÍNEZ

Hazme bajar, Señor,
de la torre de espumas y cristales
en que he vivido siempre.
Avívame en mi barro esta luz trémula
—que sé es tu misma luz—
y tórname sencillo y taciturno.
Haz que baje a la araña,
al escorpión, al necio... ¡Que comprenda
la materia que sangra!
Que sienta en mí, todo mi barro inmundo,
la ceniza del hombre.
Me duele esta conciencia de mi altura,
esta lumbre encendida a toda hora
en lo arcano de mí,
como pupila abierta en el misterio.

Quiero bajar, Señor,
de la alta cumbre, mi prisión eterna.
¡Déjame ser como la oruga torva
un instante tan sólo!
Aceptar la ponzoña

del alacrán callado y miserable.
Yo quiero comprender
la palabra filosa que se clava
como un puñal agudo
en los pliegues recónditos del alma.
Enciéndeme hasta el tuétano
esta divina claridad —que es tuya—
e ilumíname todo mi horizonte
para andar por el mundo.
Si me dejas en lo alto de mí mismo
jamás entenderé la voz oscura,
la miseria y el lodo.
Y viviré señero como un astro,
distante y misterioso,
como hecho sólo de tu luz radiante,
olvidado del barro de mi nombre.

Quiero bajar, Señor...
Mi mundo de palomas y de sueños
es un espejo roto.
Ya no me queda nada de mí mismo
sino esta cumbre,
—¡ay, esta cima altiva y solitaria!—
en que he vivido siempre...
¡Oh, Señor, digo mal...!
Te tengo a Ti... ¡Tú solo
que tan en lo hondo de mi pecho lates!
Pero me falta comprender, Dios mío...
Saber por qué el gahnápiro
habla con lengua de puñal y hiere.
No acierto a vislumbrar
cómo los hombres con la entraña negra
matan con su cuchillo y la serpiente
se arrastra por el lodo.
¡Hazme entender la vida
de los seres mezquinos, de los bajos,
de los que odian la luz
y van como fantasmas por las sombras!
Del ente amargo y turbio
que sólo ve las manchas de las cosas.
De los que van sembrando

odio, rencor —clavando espinas duras—,
sin hablar con las rosas...

Señor, hazme bajar
de la alta torre de silencio y mirra
en que estoy enclaustrado.
Traspásame mi barro con luz trémula
y tal vez me percate
por qué la araña teje entre la noche
y clava el alacrán torva ponzoña
y el hombre ruin que sólo ve las sombras
puede vivir sin lumbre,
husmeando la miseria de las cosas
y anda por los caminos
sin caer en cruz, como una bestia torpe,
cerrada a Dios y ciega a sus fulgores.

Señor, hazme bajar
de la torre de espumas y cristales
en que estoy prisionero.
Anhele comprender
a la alimaña, al vil, a los gusanos,
que son también tus hijos,
vástagos de ceniza que no lloran.
¡Hazme, Señor, de nuevo,
con otra carne y alma y otra arcilla
para entender el mal
y devuélveme, luego, a mi alta cumbre
donde te siento a Ti junto a mi vera,
donde sin merecerte,
te siento a Ti, Señor, resucitar...!

LITERATURA